

Galería Abierta

Andrea Nacach Entre el cambio y la desmemoria

Fotografía, instalación

► Cada vez que me despisto estamos aquí.
Galería Paz y Comedias. Hasta el 3 de mayo

POR ISABEL PÉREZ

■ Las fotografías Polaroid tienen al principio un color un tanto falso de puro saturadas de contrastes y brillos que salen instantáneamente de la cámara. Sin embargo, conforme se reposan, van perdiendo esa intensidad primera, su brillo se torna en un tono satinado y los objetos aparecen incluso con más detalle. Crees que siempre quedarán así, pero lo cierto es que las imágenes van perdiendo poco a poco los contrastes, el cromatismo se atenúa, la luz paulatinamente se apaga.

La magnífica muestra de **Andrea Nacach**, *Cada vez que me despisto estamos aquí*, gira en torno al concepto de cómo todo está sujeto al cambio, a tener que readaptarse a nuevas situaciones, muchas inesperadas, otras como consecuencia de su diaria existencia y cómo todo, todos, acabamos finalmente por firmar nuestra ausencia, nos apagamos.

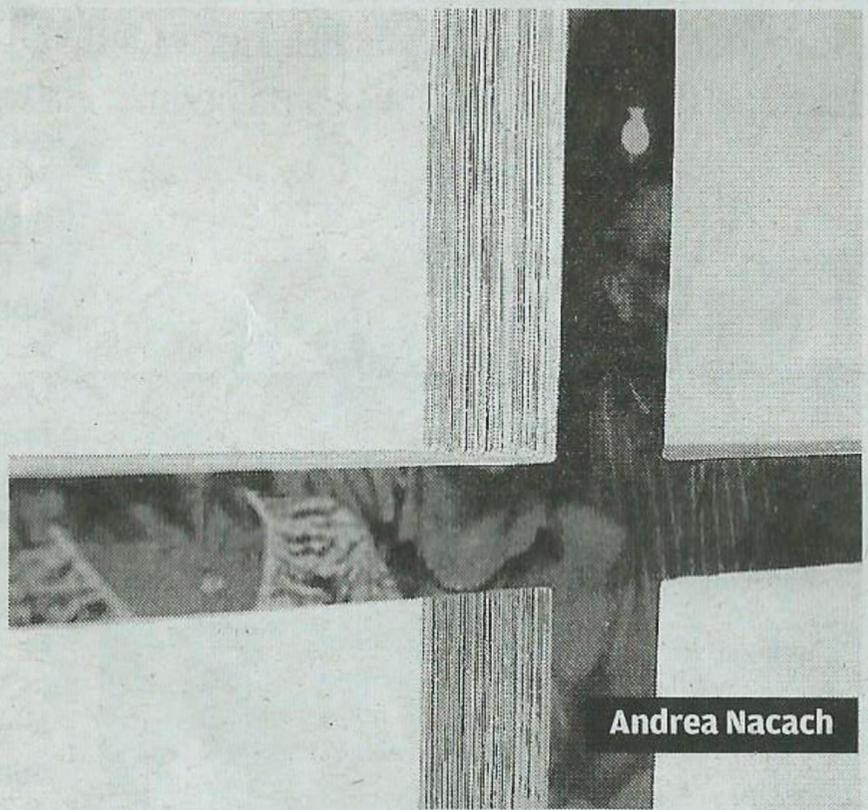
La utilización de esta imagen del cambio es evidente cuando habla de ese subidón de éxito que algunos llegan a alcanzar. Andrea visualiza el triunfo con un tono intenso, rompedor, un tanto amenazante incluso teniendo en cuenta que el éxito y el poder pueden conllevar a que el más humilde de los hombres acabe creyéndose intocable. Pero el éxito es efímero y, como la polaroid, irá perdiendo su chispa y su intensidad y el rabioso naranja acaba convertido en una página en blanco, en nada.

El concepto de transformación es indudable en ese paquete que se pliega con esmero para ser enviado a nuestro destinatario. En unas cuantas imágenes recopiladas en lo que podría ser casi un libro de autor, la fotógrafa nos relata toda una ficción en la que un objeto que en algún momento nos perteneció viaja más allá de nuestro control. Cuántas veces nos hemos preguntado, mientras lo envolvíamos con cuidado, si iba a llegar a su destino o si sería recibido por el destinatario. El final de la historia de Nacach es feliz, el paquete llega y es desenvuelto, pero ha desaparecido de nuestras vidas, para siempre.

Exposición montada impecable-

blemente, cuidada al detalle, conceptualista sin duda, pero sin perder de vista los aspectos técnicos o estéticos. En esta ficción de la que yo creo que sí queremos ser parte —que me disculpe la artista por discrepar—, el espectador va yendo de una historia de ausencia a otra de silencios y la siguiente de cambios, cada pieza de Andrea Nacach parece estar concebida con toda entrega y ternura. Es de esas exposiciones que, aun provocando cierta melancolía, dejan huella.

De todas las obras, la que quizás produce un gusto más amargo sea la imagen del abandono, el tremendo silencio y vacío que un pueblo deja cuando es abandonado, cuando los hombres, ruidosos por excelencia, dejan de oírse y tan solo el viento habita calles y hogares. Donde antes había risas, estruendo de cacharros, golpe de puertas, ladridos, olores a leña, comida, estiércol, ahora tan solo hay vacío. Tras un terremoto —aunque podría haber sido la construcción de un pantano, o la guerra, o la crisis—, la artista tomó fotografías de ese recóndito pueblo abandonado a su suerte. No quedan más que maleza que va invadiendo sus espacios y muros que van cayendo. Las fotografías tomadas por Andrea son testimonio de que una vez, Comuna di Poggioreale existió, pero incluso estas imágenes acabarán desvaneciéndose y, con el tiempo, puede que hasta sus antiguos ocupantes olviden su existencia.



Andrea Nacach